

BAJO EMBARGO

Hasta las 13:00 h. del sábado, 21 de febrero de 2015

**HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE ACCIÓN DE GRACIAS A DIOS POR LA
DESIGNACIÓN DEL ARZOBISPO COMO CARDENAL**

Después de haber recibido del Papa la misión de Cardenal de la Iglesia de Roma con los signos que la expresan, celebramos hoy en la catedral la comunión particular de nuestra Diócesis y su Obispo con la Iglesia de Roma y el Papa.

1) Agradezco a todos las numerosas muestras de felicitación y afecto que he recibido. Como me ha sido imposible responder a cada uno, quiero hacerlo públicamente a todos en esta asamblea. San Pablo nos ha enseñado a ejercitar la solidaridad en los sufrimientos y también en las alegrías: “Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran” (Rom. 12, 1). Las penas compartidas son más llevaderas y los gozos compartidos se acrecientan.

He experimentado de manera palpable y cordial vuestra cercanía y acompañamiento. Agradezco de corazón a cuantos se han desplazado hasta Roma con sacrificios de todo orden. Muestro mi reconocimiento a obispos, presbíteros y diáconos; religiosos y religiosas; seculares y seminaristas; familiares, autoridades de la sociedad y ciudadanos; familiares y amigos; de Ávila, Salamanca, Santiago de Compostela, Palencia, Bilbao, Valladolid,...

Me ha llenado de satisfacción constatar las semanas pasadas cómo para la Diócesis y la ciudad y tantas personas de cerca y de lejos mi designación como Cardenal ha sido un motivo de sano orgullo. Este acontecimiento, queridos vallisoletanos, ha estrechado nuestra mutua relación. Si el conocimiento y el afecto recíprocos han ido creciendo y afianzándose con el paso del tiempo, el anuncio hecho por el Papa el día 4 de enero, a continuación del rezo del “ángelus”, de su intención de crear el día 14 de febrero en un consistorio 20 nuevos cardenales, entre los cuales incluía a Mons. Ricardo Blázquez Pérez, Arzobispo de Valladolid, los lazos entre nosotros se han hecho inmensamente más íntimos. Si la designación de un nuevo cardenal, rompiendo el paréntesis de un siglo, repercute también en el nombre y la imagen de Valladolid, me alegro

sinceramente de ello. Es como un sello de la mutua pertenencia entre Diócesis y Arzobispo, sociedad y ciudadano. Estas manifestaciones vuestras son para mí un estímulo añadido para dedicar sin reservas mi vida al ministerio episcopal en servicio de todos.

La Eucaristía es siempre por definición acción de gracias a Dios Padre celestial porque nos ha bendecido en la persona de su Hijo Jesucristo (cf. Ef.1, 3 ss.). Damos gracias a Dios por la vida, la creación, las personas que ha puesto a nuestro lado, la historia de salvación que Dios hace con nosotros. Dios conduce nuestra vida providencialmente, con sentido y amor. Incluso los acontecimientos más oscuros van recibiendo luz y sentido desde el designio de Dios. Podemos afirmar, a la luz de la fe en Dios Padre providente, que no estamos bajo el imperio de la fatalidad ni de la arbitrariedad ni de la casualidad. Dios nos va guiando con su mano poderosa, que no es mano amenazadora sino amable, con el poder del amor. Pues bien, la Eucaristía en que estamos participando es también celebración de bendición a Dios y de acción de gracias por el hecho concreto que nos afecta de cerca.

El servicio fundamental que la Iglesia me ha confiado es el ministerio episcopal en Valladolid, ser vuestro Arzobispo. Ante todo me debo a vosotros. Otros encargos, como el de presidir unos años la Conferencia Episcopal Española por elección de los obispos, y éste de Cardenal de la Iglesia de Roma por designación del Papa, suponen aquél. Quiero responder con entrega y fidelidad a las tareas que se me han confiado y que yo no he buscado. Procuraré que los diversos quehaceres no repercutan negativamente en mi dedicación a la Diócesis.

Como expresé desde el principio, al sentimiento de sorpresa tanto en el hecho mismo de incluirme en la lista de nuevos cardenales como en la comunicación, fueron sucediéndose en mi espíritu otros sentimientos: Ante todo de gratitud profunda al Papa por la confianza que me mostraba y que hoy manifiesto nuevamente ante todos; el gesto de confianza ha suscitado en mí una disponibilidad incondicional para prestar la colaboración particular que me pida; y, consciente de mi limitación, he pedido a Dios que su fuerza se realice en mi debilidad (cf. 2 Cor. 12, 9-10). Si ponemos en el Señor nuestra pequeñez él multiplica las fuerzas, como multiplicó los panes. Deseo cumplir la nueva misión con lealtad, sacrificio y generosidad. Pedid al Señor que me conceda esta gracia.

2) Me ha parecido oportuno escuchar nuevamente, con vosotros como testigos, la exhortación que el Papa nos ha dirigido a los nuevos cardenales, inspirada en el Evangelio que ilumina el genuino sentido de la condición eclesial de cardenal.

En la carta fechada el mismo día del anuncio del Consistorio, el día 4 de enero, dirigida personalmente a cada uno, a quien saluda con las palabras "querido hermano" escribe: <<Hoy se ha hecho pública tu designación como Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Te hago llegar mi saludo y la seguridad de mi oración. Pido al Señor te acompañe en este nuevo servicio, que es servicio de ayuda, sostén y especial cercanía a la persona del Papa para el bien de la Iglesia.

Y precisamente para ejercitar esta dimensión de servicio, el cardenalato es una vocación. El Señor, a través de la Iglesia, te llama una vez más a servir; y te hará bien al corazón repetir en la oración la frase que el mismo Jesús aconsejó a los discípulos para mantenerse en humildad: "Digan, somos siervos inútiles", y esto no como una fórmula de buena educación sino como verdad después del trabajo, "cuando hayan hecho todo lo que se les ordenó" (Lc. 17, 11). Mantenerse en la humildad en el

servicio no es fácil cuando se considera el cardenalato como un premio, como culmen de una carrera, una dignidad de poder o condecoración superior>>.La llamada a formar parte de la Iglesia de Roma como Cardenal es una vocación a servir y a testificar la resurrección del Señor hasta la sangre si fuera necesario.

En la alocución del Consistorio del día 14 dijo el Papa entre otras cosas: Ser cardenal significa estar “incardinado” en la Iglesia de Roma, que *preside toda la comunidad de la caridad*” (cf. *Lumen gentium* 13). “Por eso creo que el “himno de la caridad”, de la primera carta de san Pablo a los Corintios, puede servir de pauta para esta celebración y para vuestro ministerio, especialmente para los que desde este momento entran a formar parte del Colegio Cardenalicio”. A continuación explica el Papa de manera clara y aplica oportunamente las características del amor cristiano. Concluirá refiriéndose a los cardenales: “Cuanto más incardinados estamos en la Iglesia que está en Roma, más dóciles tenemos que ser al Espíritu, para que la caridad pueda dar forma y sentido a todo lo que somos y hacemos”.

En la homilía pronunciada en la Eucaristía del domingo, comentando el pasaje evangélico de la curación de un leproso (Mc. 1, 40-45), contrapone dos lógicas de pensamiento y de fe que recorren la historia de la Iglesia, a saber, el miedo a perder a los salvados y el deseo de salvar a los perdidos; o con otras palabras, *marginar y reintegrar*. Y dirigiéndose a los nuevos Cardenales, dijo: << Esta es la lógica de Jesús, éste es el camino de la iglesia: No sólo acoger e integrar, con valor evangélico, aquellos que llaman a la puerta, sino salir, ir a buscar, sin prejuicios y sin miedos, a los lejanos, manifestándoles gratuitamente aquello que también nosotros hemos recibido gratuitamente. “Quien dice permanecer en El debe caminar como El caminó” (1 Jn. 2, 6). ¡La disponibilidad total para servir a los demás es nuestro signo distintivo, es nuestro único título de honor!>>.

Y al final de la homilía insiste: “Queridos hermanos nuevos Cardenales, mirando a Jesús y a nuestra Madre, os exhorto a servir a la Iglesia, en modo tal que los cristianos –edificados por nuestro testimonio– no tengan la tentación de estar con Jesús sin querer estar con los marginados, aislándose en una casta que nada tiene de auténticamente eclesial. Os invito a servir a Jesús crucificado en toda persona marginada, por el motivo que sea; a ver al Señor en cada persona excluida que tiene hambre, que tiene sed, que está desnuda; al Señor que está presente

también en aquellos que han perdido la fe, o que se declaran ateos; al Señor que está en la cárcel, que está enfermo, que no tiene trabajo, que es perseguido; al Señor que está en el leproso, -de cuerpo o de alma-, que está discriminado, No descubrimos al Señor, si no acogemos auténticamente al marginado. Recordemos siempre la imagen de san Francisco que no tuvo miedo de abrazar al leproso y de acoger a aquellos que sufren cualquier tipo de marginación. En realidad, queridos hermanos, sobre el evangelio de los marginados, se juega y se descubre y se revela nuestra credibilidad”.

3) Las lecturas que han sido proclamadas, ya dentro del tiempo de Cuaresma, nos recuerdan un mensaje que está en el corazón del Evangelio. La misericordia del Señor revela los sentimientos del corazón del Padre en presencia de nuestra debilidad y de nuestros pecados. Dios toma la iniciativa de venir a nuestro encuentro no para ajustarnos rigurosamente las cuentas sino para tendernos compasivamente la mano y levantarnos. “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan” (Lc. 5, 31-32). La regeneración de una persona comienza con el amor que se le muestra; el amor tiene un poder sobre el hombre que no tienen ni el

castigo ni la venganza. Ser misericordioso no es de débiles sino de valientes. Como decía el Papa en la homilía del día 15, ésta es la lógica de Jesús que debe orientar la actuación de la Iglesia.

La lectura tomada del profeta Isaías, además de recordar cómo partir el pan con el hambriento sacia su indigencia, nos enseña cómo para el mismo que ejerce la misericordia es un enriquecimiento de su corazón. Se acrecienta nuestra dignidad cuando nos entregamos personalmente y cuando hacemos partícipes de nuestros bienes a los demás. El amor al prójimo enciende en nuestro corazón la luz para reconocer y encontrar a Dios. El amor de Dios y el del prójimo se unen en la persona; con la fuerza de Dios salimos al encuentro de los necesitados; y las obras de misericordia iluminan nuestro corazón para hallar a Dios. Dios nos envía a sus hijos y sus hijos nos abren la puerta del corazón del Padre. Creer en Dios le viene bien a la persona y como en trabajar por la justicia, la solidaridad y la paz consiste la verdadera religión (cf. Sant. 1, 27), el reconocimiento de Dios es garantía de humanización de la sociedad.

Antes de terminar, recordamos al grupo de cristianos coptos asesinados hace algunos días, por el único motivo de ser cristianos.

Pidamos a Dios el don de la paz para cuantos están inmersos en torbellinos de violencia y de muerte. ¡Que la sabiduría de lo alto nos haga a todos constructores de paz!

Nos acogemos confiadamente a la intercesión de Nuestra Señora de San Lorenzo, patrona de la ciudad, y de San Pedro Regalado, patrono de la Diócesis.

Mons. Ricardo Blázquez

Cardenal Arzobispo de Valladolid

Valladolid, 21 de febrero de 2015